

Francisco Antonio Zea

y sus actividades científicas

En la conmemoración del bicentenario
de su nacimiento (1766 – 1966)

Escribe: SERGIO ELIAS ORTIZ

La vida de don Francisco Antonio Zea, estudiada y valorizada en estos últimos tiempos por biógrafos de calidad, falta aún conocerse en varios aspectos que poco a poco van aclarando los archivos nacionales y extranjeros, y uno de ellos es el científico, en el que Zea pudo ser una lumbrera por su capacidad y “vocación decidida” para las ciencias naturales, al igual que su maestro y protector el sabio José Celestino Mutis.

Perteneció Zea a la brillante generación neogranadina del último cuarto del siglo XVIII, la misma que había de ganar tras cruenta lucha la independencia de su país y que bien podía llamarse “la de los grandes destinos”. Venido de la lejana provincia, como tantos otros criollos que se habían formado en el Real Seminario de Popayán, bajo las disciplinas humanísticas del doctor José Félix de Restrepo, a la docta Santafé de la época para terminar sus estudios de jurisprudencia, bien pronto se dio a conocer en los círculos intelectuales y sociales por sus dotes de inteligencia, su consagración al estudio y su genio vivo y emprendedor, “muy hábil y travieso”, en concepto de los mandones del virreinato, que le merecieron, siendo aun estudiante de derecho, la cátedra de humanidades en el Colegio de San Bartolomé. Sentó fama de excelente traductor del francés. Su amistad íntima con don Antonio Nariño le hizo conocer y tratar muy de cerca a un desterrado famoso del Reino de Quito, don Eugenio Santacruz y Espejo. En el mismo círculo nariñista se relacionó con los médicos franceses Luis de Rieux y Manuel Froes, con Sinforoso Mutis, sobrino del gran Mutis, y con ellos y con sus discípulos Camilo Torres y José María Cabal analizaba y discutía los problemas del país, unidos todos en anhelos y esperanzas de naturaleza política que no podían expresarse, pero que estaban en marcha. La palabra diserta y elegante de Zea era escuchada con respeto y él querido y admirado por todos. Así, la situación de Zea en Santafé como profesor, muy pronto abogado y seguro

candidato para una toga en los tribunales u otra posición administrativa de las pocas que se concedían entonces a los más distinguidos naturales del virreinato, no podía ser más halagüena y el porvenir mejor asegurado.

Pero una circunstancia que no estaba en los cálculos de Zea vino de pronto a cambiar su destino: hacia 1791, el director de la Expedición Botánica, doctor Mutis, se sentía agobiado por la edad, la salud quebrantada y sin sucesores. En ocho años de titánico esfuerzo había levantado, casi solo, un monumento a las ciencias naturales. Se iba, por otra parte, de su lado, el vicedirector y excelente auxiliar doctor Eloy Valenzuela y "Linneo y otros naturalistas" le habían manifestado sus deseos "de que formase algunos discípulos en quienes depositar sus preciosas ideas" (1). Estas consideraciones movieron a Mutis a proponer al virrey Ezpeleta la formación de agregados a la expedición, en términos que hacen honor a Zea, uno de los candidatos del sabio:

"Viéndome solo —dice Mutis— y sin fuerzas para llevar todo el peso de mis tareas, podía convenir la agregación de tres jóvenes de talento y de vocación decidida hacia el amenísimo estudio de la naturaleza y con las otras circunstancias que pide mi genio laborioso y constante. Con estas prendas hallo principalmente adornado a don Francisco Antonio Zea, en cuyo examen me he comportado con todas aquellas reflexiones que me retraían en otro tiempo a pedir agregados, limitando solamente mis deseos a destinar mis dos sobrinos, don José y don Sinforoso, por las razones alegadas en aquel oficio de pintores. Llegado el tiempo, puede serme útil la agregación de Zea con mis sobrinos.

"Mas para que vea vuestra excelencia que muy lejos de gravar demasiado la Real Hacienda, ni abusar de la generosidad con que se ha dignado el rey dotar mi expedición, no son otros mis intentos que los de hacer prosperar los progresos de mi *Flora*; mis sobrinos servirán por ahora sin sueldo, a imitación a otro joven anteriormente agregado por mí, sin más gratificación que la enseñanza. No sería justo guardar las mismas condiciones con el referido Zea, en atención a su sobresaliente instrucción, que merece siquiera ser recompensada con la moderada pensión de quinientos pesos anuales; en cuyo supuesto me atreví a intentar esta conquista, explorando su ánimo, y haciéndole la propuesta para que de una vez abandonase cualesquiera otros recursos de su subsistencia. Aunque no pudiera lisonjearle mucho tan escasa dotación, he tenido la satisfacción de haber logrado su anuencia, determinado, más bien que por el corto sueldo, por sus vivísimos deseos de entregarse enteramente al estudio de la naturaleza" (2).

El virrey estuvo de acuerdo en el nombramiento a Zea como agregado a la expedición y la corte lo confirmó con una expresión alentadora para el nombrado, considerándolo "como una conquista que se había hecho para la botánica". Zea, en realidad, se dejó conquistar por Mutis para convertirse en su discípulo predilecto después de abandonar su cátedra y truncar su carrera de abogado. Para prepararse en las nuevas disciplinas científicas permaneció "un año y meses en voluntario encierro en la casa de la dirección" y luego "emprendió una excursión a sus expensas" por los lados de Fusagasugá, donde, según él mismo refiere, pasó "un año en los

montes sin más abrigo que el de los árboles con admiración de los mismos serranos que a todas partes le seguían". Así era, en efecto; Zea se había entregado por completo a su trabajo de campo, con ansiedad de verlo todo y escudriñarlo todo con los ojos de botánico e industrial, averiguando de los campesinos los nombres y usos tradicionales de las plantas para sacarles provecho racional en la economía del país, sin omitir sacrificios, pues "que en servicio de la agricultura y el comercio, dice él mismo, cuando no tenía con qué recompensar las noticias de plantas medicinales o de algún uso en la economía, se despojaba de sus alhajas y hasta de su vestido". El único contacto con el mundo que había dejado era la "frecuente correspondencia con el director" por las "continuas remesas y producciones" que le despachaba (3). Vivía, por consiguiente, ajeno a lo que pudiera ocurrir en la capital o en las provincias y por ello cuál no sería su sorpresa cuando en un día de agosto de 1794 se le presentó el juez pedáneo de Fusagasugá a prenderlo y remitirlo, convenientemente amarrado, y con dos guardias, a Santafé de donde se lo requería como reo de Estado. ¿Qué había sucedido?

Zea ignoraba en la soledad de los montes que en ese mes, la de ordinario quieta Santafé se había conmovido con graves sucesos políticos, de carácter criminal, según los funcionarios de la audiencia, pero que en el fondo no tenían ninguna base jurídica, ¡como se reconocería cinco años más tarde!, para proceder, como se había procedido, a encarcelar a Antonio Nariño, Luis de Rieux, Manuel Froes, Ignacio Sandino, Pedro Pradilla, José de Ayala, Sinforoso Mutis, José María Cabal, Enrique Umaña, Pablo Uribe, Bernardo Cifuentes, y ahora el mismo Zea, sindicados del delito imaginario de "sedición intentada", la mayor parte de ellos, en que entraba Zea; pasquines y dos "papeles impresos, el uno contra nuestra santa religión y el otro la traducción de los *Derechos del hombre*".

Encerrados todos en estrecha prisión, sin comunicación con nadie, excepto por cartas con sus defensores, los cuales, a su vez, tenían que actuar con suma prudencia para no caer ellos mismos en desgracia ante la terrible audiencia, como le sucedió al doctor José Antonio Ricaurte, abogado de Nariño que fue aprisionado por el tono valeroso de su defensa y sufrió por ello peores consecuencias que su defendido, Zea tuvo dos consuelos en medio de su desgracia: verse asistido por su entrañable amigo Camilo Torres, que hizo lo humanamente posible por salvarlo probando la coartada, o cuando menos por obtener se le dulcificara la prisión, aunque sin ningún resultado y saber que sus amigos "serranos" de Fusagasugá habían acudido a la capital y habían representado ante la audiencia, aunque en vano, en favor suyo. El doctor Mutis, convencido como ninguno de la inocencia de su agregado, nada podía hacer en el asunto ni por este, ni aun por su mismo sobrino Sinforoso, también preso, conociendo como conocía la suspicacia de las autoridades y los rigores del régimen que imperaba.

Es ya conocido el famoso proceso de sedición, pasquines y papeles impresos que duró tramitándose en Santafé por más de un año y terminó con la condena de los sindicados, "*por piedad de su magestad... a diez años de presidio en uno de los de Africa, extrañamiento perpetuo de América y confiscación de todos sus bienes*". En esta virtud los doce "reos de

Estado" fueron enviados a España en partida de registro. Zea, por esta calamidad, había cambiado el rumbo de su vida de botánico por el de presidiario y hombre sin patria.

Una vez en España los supuestos reos tuvieron suerte varia: Nariño se fugó del puerto de Cádiz, los demás fueron encerrados por el momento en el Castillo de San Sebastián, pero por medio de repetidas instancias ante la corte consiguieron que se les diese la ciudad por cárcel, por la incomodidad en que estaban en las mazmorras del Castillo. Umaña y de Rieux se fugaron a Tánger, pero como supieron que a los demás se les había concedido la gracia de trasladarse a Sevilla, regresaron a presentarse a las autoridades. Por fin el 21 de julio de 1799 se dictó la sentencia de revisión del proceso por el Consejo de Estado en que se declaró "que quedaban todos en libertad, hábiles para continuar sus estudios y profesión sin nota alguna y como si no se hubiera procedido contra ellos; que se les devolviesen sus bienes embargados, sin costas, pudiéndose restituir a los pueblos de su naturaleza o residencia los que se hallaban en España". Con referencia a Zea se dijo, además, en documento oficial, que "fue remitido a estos reinos en partida de registro por la Audiencia de Santafé, *no tanto por lo que resultaba contra él en la causa seguida por supuesta sublevación, como porque siendo muy hábil y travieso, creyó la audiencia no convenía su residencia allí*" (4). Y esto lo dijo nada menos que el ministro de Hacienda, don Mariano Luis de Urquijo, al ministro de Estado don José Antonio Caballero. Así terminó el bochornoso procedimiento de la Audiencia de Santafé que había costado a las víctimas de su régimen despótico cinco años largos de sufrimientos y de perjuicios incalculables.

Es de suponer la apurada situación en que se encontrarían en España los once proscritos, sin medios de trabajo, ni el goce de familia, cargados de deudas y sosteniéndose apenas con lo que podía llegarles del lejano Virreinato de Santafé, de tarde en tarde, por conducto de los comerciantes de Cádiz. Algunos de ellos ni siquiera pudieron salir de Sevilla para Madrid, estando ya en libertad, por motivo de la peste que había interrumpido las comunicaciones. El mejor librado de todos fue Zea, inteligentísimo y como tal recursivo, que, como buen antioqueño, no se dejaba tragar por la desgracia. Llegados a Madrid él y el doctor de Rieux, que no se sabe cómo pudieron trasponer el cordón sanitario, se dedicaron de inmediato, cada cual por su lado, a elevar memorial tras memorial al ministro de Hacienda para que se les hiciesen las reparaciones económicas a que creían tener derecho y que lo tenían de sobra, con el buen resultado de que se les atendió por el momento: a de Rieux con un empleo en la Sección de minas de Santafé y una dotación para cultivos de canela y quina en la región del Magdalena, y a Zea con la orden de que se liquidasen los sueldos que había dejado de percibir, por su prisión y se lo restituyese al empleo a que era acreedor por su mérito y competencia en la Expedición Botánica del Virreinato de la Nueva Granada conforme lo solicitaba. Todo esto, empero, quedaba sujeto a largos trámites que debían prepararse entre Madrid y Santafé, lo que significaba quizá años de espera.

Zea, entre tanto, se había captado la simpatía del ministro Urquijo que tenía gran influencia cerca del rey y esta magnífica conexión lo puso nuevamente en el rumbo de científico que parecía ser su destino. Por ella,

a fines de 1800, obtuvo con el beneplácito de su majestad una comisión *ad honorem* de la Secretaría de Estado para trasladarse a París “a instruirse en el último estado de las ciencias naturales y recoger libros e instrumentos”, según reza una nota del ministro. Zea, que no abandonaba la idea de regresar algún día a su país natal, para servirlo con sus conocimientos prefirió ahora el estudio de la química. Así lo comenta su maestro y amigo con quien el antiguo discípulo había establecido correspondencia epistolar y se dejaba guiar y ayudar en gastos: “Zea se halla en París desde enero del presente año (1801) le cuenta Mutis al barón de Humboldt, con licencia del rey, para instruirse principalmente en la química, cuyos conocimientos nos son aquí tan necesarios, y espero difundirá en esta capital según sus extraordinarios talentos. Eligió para este estudio a M. Vauquelin, y me habla mucho del amable Jussieu...” (5). Hace luego referencia Mutis a la discusión promovida por los señores de la *Flora peruana* contra Jussieu, en que terció Zea al lado de este sobre la necesidad de correcciones al texto de *Quimología* para su publicación definitiva.

Alrededor de dos años permaneció Zea en París entregado por entero al estudio de la química, al par que cultivaba valiosas relaciones con personajes destacados del mundo político, social y científico; escribió memorias sobre diversos temas, entre otras una referente a las quinas de Santafé y se procuró libros e hizo construir aparatos para un gabinete completo de química, sin reparar en gastos, pues Zea tuvo la cualidad, que algunas veces degeneró en defecto, de ser espléndido en sus actividades de negociador y diplomático. Libros y gabinete que despachó en veintidós cajones al puerto de Cádiz, con destino ulterior a Santafé, costaron la apreciable suma de once mil duros, “que debía reintegrar” Zea, según informe al Ministerio de Hacienda. Algo más: por su cuenta y riesgo contrató aquel los servicios del profesor de química, “de nación italiana”, don Antonio D’Arnaud, al que sacó de París dándole una compensación proporcionada, le costeó el viaje a Madrid y estuvo sosteniéndolo de su bolsillo por más de un año, hasta que D’Arnaud contrajo matrimonio con una hija del profesor de química don Pedro Bueno (6). Y, cosas del destino: por este medio conoció Zea a doña Felipa Meilhon, gaditana, a quien hizo su esposa tres años más tarde.

¿Qué se proponía Zea con tanto gasto y aparato? Nada menos que traer a España las colecciones y escritos de Mutis para publicarlos y operar una transformación económica del Virreinato de la Nueva Granada “para honor de la monarquía y bien del Estado”. Durante su estancia en París había concebido esos dos proyectos grandiosos que sometió a la consideración de la Secretaría de Estado, la cual, presentó al rey el siguiente resumen de los proyectos de Zea:

“Por don Francisco Antonio Zea se ha hecho presente lo mucho que le interesa al honor de la monarquía y el bien del Estado en que se aproveche del fruto de los vastos trabajos e importantes descubrimientos que por espacio de 40 años ha hecho en dicho reino el presbítero don José Mutis, director de la citada expedición y que sus interesantes manuscritos ascienden por lo menos a 48 volúmenes en folio, y su célebre gabinete está lleno

de las más raras y útiles proporciones naturales; y asegura que a ningún otro que a él le confiará sin la menor reserva dichas colecciones y manuscritos, puesto que solo con el objeto de que trajera estas preciosidades había sido agregado, a solicitud de Mutis, a la referida Expedición Botánica, y desde que se separaron le ha manifestado en todas sus cartas el deseo de que vuelva a encargarse de aquel tesoro.

“Fundándose Zea, en la consideración de las innumerables utilidades, que dice deben resultar de recoger estos preciosos frutos de los trabajos de Mutis, y de dar a conocer el modo de perfeccionar e introducir en el comercio los productos vegetales y minerales del Nuevo Reino de Granada, ha propuesto emprender un viaje a estas provincias con estos fines, y el de hacer allí un ensayo de un sistema orgánico de agricultura colonial, por el cual se lleguen a conocer en el comercio varias producciones absolutamente nuevas, como son entre otras los excelentes tintes del país desconocidos en Europa; se cultiven las silvestres como la quina, el alcanfor, la canela y se mejoren las cultivadas, como el cacao, el añil y el algodón que es probable se pueda conseguir sin pepita y naturalmente teñido de color que se quiera, ofreciendo también ocuparse con el descubrimiento y examen de las muchas y ricas minas de oro, plata y azogue que allí abundan, y que se hallan descuidados e inútiles” (7).

A continuación hace referencia el ministro al costoso cargamento de libros y gabinete de química adquiridos por Zea; a la contrata del profesor D'Arnaud y sueldo que había de devengar este en Santafé, durante cuatro años, para retornar a Madrid a enseñar química aplicada a las artes y manufacturas, según los servicios que haya prestado; a la exoneración del pago de almacenaje y derechos de aduana de los cajones despachados a Cádiz y su entrega al mismo sin examinar sino uno, a la suerte, con la delicadeza que exigía la conservación de los instrumentos y que Zea, aparte de que se le concediesen a él y a su compañero de comisión los gastos indispensables para el viaje, en cuanto a sueldo “no pedía más que el que se le pudiese dar sin faltar a otras necesidades públicas” porque sus miras eran hacer el menor costo al real erario. Para terminar su información al rey el ministro Cevallos conceptuó:

“que lejos de encontrarse en este ministerio el menor inconveniente en el viaje de Zea a Santafé con el propuesto objeto de traer los papeles y gabinete de Mutis, será esta providencia muy útil y conforme a las que por él se tienen dadas, para que vengan a España estos objetos pertenecientes a la flora de aquel reino que debe publicarse con la de Nueva España ya incluída, y la del Perú, cuya edición se halla más adelantada, completándose así la interesante y útil colección de las floras de ambas Américas con gloria de los augustos soberanos que han costeadado, y de los sabios profesores que arrostrando indecibles fatigas y riesgos, las han llevado al punto de perfección que admiran ya las naciones extranjeras, en lo que se va publicando. El otro objeto de Zea de reducir a cultivo algunos frutos preciosos, mejorar el de otros, y aumentar el comercio colonial con nuevos renglones útiles, tampoco ofrece reparo, y si hay alguno será con relación a gastos y dotaciones, cuyos particulares conciernen a otro departamento” (8).

El ministro de Gracia y Justicia estuvo de acuerdo con su colega de Estado en que Zea y D'Arnaud pudieran viajar a Santafé, tanto con "el objeto de recoger y traer a España los manuscritos, dibujos, y demás artículos pertenecientes a la flora de aquel reino... como para hacer los ensayos propuestos de nuevos cultivos", aunque dejaba a salvo la dificultad que pudiera ocurrir en el punto de gastos y dotaciones que era lo más grave del asunto.

Mientras se resolvía en definitiva lo anterior, Zea fue nombrado, el 13 de enero de 1803, como 2º director del Real Jardín Botánico y 2º redactor de la *Gazeta y Mercurio*, vacantes como estaban esas plazas por retiro de los profesores Ortega y Barnades y haberse reorganizado el Jardín Botánico bajo la dirección única del botánico Cavanilles, que tenía en gran aprecio los talentos y conocimientos de Zea en ciencias naturales y seguramente las valiosas recomendaciones que de él había hecho el insigne Mutis. Semejante honor para un americano que había llegado a la península como presidiario, en partida de registro, era para colmar todas las ambiciones, pero Zea no lo recibió así. Le preocupaba por encima de todo el progreso de su patria natal para el que había concebido proyectos grandiosos, e invertido sumas considerables en perfecto acuerdo con el sabio Mutis que lo esperaba, según él, para confiarle con preferencia a ningún otro, su tesoro científico. En esta situación, condenado a esperar la lenta resolución de su negocio, asumió los cargos, pero continuó sus instancias ante el Ministerio de Estado, ya personalmente para pedir que se le exonerase de ellos, ya por escrito para insistir en sus propósitos. En uno de ellos, que es una exposición completa y bien meditada sobre sus proyectos, dice Zea:

"Confieso que me devora una aflicción profunda cuando considero que la dilación perjudica tanto a mi proyecto de que un día a otro puedo verme reducido a llorar toda mi vida la malograda ocasión de hacer tanto bien al Estado, a la Europa y a la humanidad, cada correo de Cádiz aguardo con sobresalto la noticia de haberse volado de una explosión o se desaliente Mutis; no creo de entretener a D'Arnaud: dejo de contestar a los sabios interesados por amor a los hombres en tan benéfico proyecto y en medio de tantos cuidados reflexiono para mi dolor, cuánto importaba para el ministerio actual borrar prontamente de la imaginación de Europa las siniestras ideas que de él se han dado estos tres años en algunos libros demasiado célebres" (9).

Dice más adelante que en París se le proporcionó leer un proyecto que despreciaron los ministros de Felipe III, dirigido a promover en América el cultivo de las producciones útiles que los indios conocían y que los desmontes y el consumo iban haciendo desaparecer: a trasplantar a España muchas que podían acomodarse al clima, y a reducir a rebaños las vicuñas y otros animales de preciosa lana, que era tan importante multiplicar e insiste una y otra vez en que fue ese un gran error que se ha criticado duramente a España y que el actual ministerio debía enmendar. En su concepto debían ir unidas las investigaciones científicas de la naturaleza tropical con la aplicación práctica a la agricultura, a la industria y al comercio. Pide por lo mismo insistentemente se le permita ir a Santafé a poner en planta sus proyectos y recibir de manos de Mutis las colecciones

de la flora que quiere confiarle y que ya le hubiera remitido este, desde el año pasado (1803) con motivo de su colocación en Madrid en el Jardín Botánico y que suspendió en espera del resultado de las gestiones de su discípulo en favor del proyecto presentado al ministerio. "La pronta publicación de las obras de Mutis —añade— conviene a nuestro designio y tan combinada está con él, que a proporción que vayan saliendo a la luz, se irán viendo introducidas en el comercio muchas producciones, fomentados sus plantíos en América, y muchas de ellas vejetando ya en la península. No por lo que yo me detenga por lo menos dos años en América, donde solo voy a plantificar el proyecto bajo la dirección de Mutis, se diferirá la remisión de las colecciones de manuscritos, pues no es la conducción material lo que desea confiarme; sino la tutela de su gabinete, de sus producciones, de su gloria y del bien que es el objeto de su ambición y de la mía" (10).

La exposición de Zea, concebida en términos vehementes y de intenso patriotismo debió hacer mucha impresión en el consejo y atraer aun más sobre su autor la atención de los ministros y quizá del propio rey, pues un mes después de presentada, en mayo de 1804, fue nombrado primer profesor y encargado del gobierno y director del Real Jardín Botánico, aunque respecto de sus pretensiones también se puso punto final con una frase escueta, al pie del expediente, sin considerandos, ni explicaciones de negación, como se acostumbraba entonces, "*Ya Zea está colocado en España y no puede irse*" (11).

Como esta resolución no tenía apelación en lo humano, como que emanaba del mismo rey, Zea tuvo que resignarse al derrumbamiento de sus patrióticos anhelos y ponerse al frente de la nueva y honrosísima posición que se le otorgaba en forma tan excepcional como inesperada. De un momento a otro se veía el neogranadino, tachado ayer de peligroso, colocado en un plano superior, por encima de los científicos españoles de la época, lo que significaba el reconocimiento público de su excelente preparación, sus grandes capacidades de administrador y de científico y el ascendiente de que gozaba en la corte y en los círculos intelectuales de entonces (12). En esa posición debía permanecer casi cinco años, es decir, hasta la invasión de España por las tropas napoleónicas, época en que definitivamente iba a trocar su carrera de naturalista por la de político, revolucionario, hombre de Estado y diplomático.

Decimos definitivamente porque los grandes acontecimientos que convulsionaban a la Europa de entonces, especialmente a España, en que por concomitancia se interesaba la independencia de América, no le dieron ya tiempo a continuar sus investigaciones en los campos de la botánica y la química en que se especializaba. Aunque hasta ese momento no había sido político militante, sino de ocasión en las charlas en casa de Nariño en Santafé, en el centro de conspiración hispano-americano que inspiraba Miranda en París y muy probablemente en la logia Láutaro de Madrid, llegado el año terrible de 1808 con el derrumbamiento de la monarquía española, dejó Zea de un lado sus trabajos del Jardín Botánico para declararse *afrancesado* de la primera hora. Como tal aceptó la comisión que le ofreció Murat a él y a su compatriota don Ignacio Tejada de representar a los americanos, unidos a los españoles claudicantes, ante el rey José, en

la célebre proclamación de Bayona en que Zea llevó la voz cantante de la América irredenta y se captó de inmediato las simpatías del rey intruso, el cual, en pago de su adhesión lo nombró luego gobernador de la Provincia de Málaga. Con la caída del imperio francés y el desastre de las armas napoleónicas en España, Zea se vio obligado a huir con su esposa y su hija Felipa a Londres, para luego ir a instalarse en París a la espera de nuevos acontecimientos y ahora sí a trabajar como convencido revolucionario por la independencia de su patria. Estaba perfectamente enterado del curso de la lucha en los distintos frentes de América, conocía de trato y por correspondencia a los grandes jefes revolucionarios, trataba de interesar en la causa de la independencia de las colonias a las cortes de Europa y a las personas influyentes y esperaba el momento de abandonarlo todo para ir a intervenir personalmente en la magna contienda, lo que ocurrió en 1818, en que dejó la grata vida parisiense para trasladarse a las Antillas, directamente a Haití, refugio de los conspiradores bajo la protección decidida del ilustre presidente Petión. En los Cayos se fraguaba por ellos la operación que debía restaurar la lucha definitiva. Allí se discutió, en sesiones borrascosas, el mando único para la campaña de Venezuela y Nueva Granada, y Zea, que ya conocía a Bolívar con la oportunidad de la misión de este en Londres y estaba convencido del genio del futuro Libertador, se puso del lado de este para darle la jefatura y con él, como compañero y asesor político, llegó a Angostura donde iba a constituirse la ambiciosa Federación de Colombia, la Grande. En el congreso, reunido en esa ciudad para tal efecto, Zea, como estadista, desempeñó el papel de orientador desde la presidencia de la augusta corporación y fue elegido vicepresidente de Colombia, es decir, el segundo hombre después de Bolívar. La tarea que Zea se había impuesto como político, revolucionario y estadista estaba cumplida. Debía dedicarse ahora a servir a su país en la diplomacia, quien como él pertenecía "a cuarenta academias", según su cuenta y se codeaba en París con el más alto mundo intelectual de entonces. Así era en efecto, y mediante esas excelentes relaciones se ganó las simpatías extranjeras hacia la naciente república y tuvo la última satisfacción de su vida de científico: la de contratar, con autorización de su gobierno, a solicitud suya, y con la ayuda del ilustre Cuvier, una misión científica presidida por Boussingault y de que formaron parte Gaudet, Roulin y Rivero para el conocimiento y explotación racional de las imponderables riquezas del país, en que había soñado desde su contrata del profesor D'Arnaud, frustrada al par que sus proyectos de otros tiempos.

Cumple ahora examinar si la obra de Zea tuvo algún valor científico que la haga perdurable a través de sus escritos. Bien examinada la parte que conocemos publicada, diremos que para su tiempo sí lo tuvo, aunque hoy la recopilación de sus trabajos científicos apenas serviría como documento del estado de conocimientos botánicos de la época. En quinología siguió, paso a paso, las enseñanzas de Mutis, sin ninguna aportación propia. Los experimentos que se propuso en química con D'Arnaud para el trato de los metales pudieron dar buenos resultados en la práctica, pero se suspendieron y a la postre, rotas las relaciones con su compañero que se creyó perjudicado, se perdieron los datos que Zea iba almacenando para la realización de sus ideas. Nada quedó en firme por secretos designios

del destino y de todo solo el espectáculo de una vida frustrada en su camino vocacional, vida de grandes hazañas y de muy discutibles proezas pero siempre consagrada a nobles ideales en servicio de su patria.

NOTAS

- (1) *Memorial de don Francisco Antonio Zea al ministro de Estado, don José Antonio Caballero.* Madrid, 20 de mayo de 1800. Archivo General de Indias. Santafé, Leg. 975.
- (2) Hernández de Alba, Guillermo: *Archivo epistolar del sabio naturalista José Celestino Mutis.* T. I. Bogotá, 1947. p. 172.
- (3) *Memorial de don Francisco Antonio Zea, cit.*
- (4) *Informe del ministro don Mariano Luis de Urquijo al ministro Caballero sobre las peticiones de don Francisco Antonio Zea.* Madrid, 10 de julio de 1800. Arch. Gral. de Ind., Leg. cit.
- (5) Hernández de Alba, *ob. cit.* p. 235.
- (6) *Informe del ministro de Estado don Pedro Cevallos sobre una exposición de don Francisco Antonio Zea.* Madrid, 24 de octubre de 1803. Arch. Gral. de Indias. Leg. cit.
- (7) *Id. ibid.*
- (8) *Id. ibid.*
- (9) *Exposición de don Francisco Antonio Zea al ministro de Estado don Pedro Cevallos.* Madrid, 26 de abril de 1804. A. G. I. Leg. cit.
- (10) *Id. ibid.*
- (11) *Nota del secretario de Estado sobre la exposición de don Francisco Antonio Zea.* Madrid, 9 de mayo de 1804. A. G. I. Leg. cit.

Los ministros en sus informes al Consejo de Estado consideraban realizables los proyectos de Zea y sin inconveniente su viaje acompañado de D'Arnaud a Santafé, aunque dejaban a salvo los gastos que ellos ocasionaran al real erario, al parecer por mera fórmula, pues nada le había costado al gobierno la adquisición del gabinete de química y los libros, ni la traída del profesor D'Arnaud, que corrieron a cargo de Zea, ayudado por el insigne Mutis que apoyaba cuanto hacía su predilecto discípulo. Lo único que se pedía era el auxilio de viaje para Zea y D'Arnaud y para este, además, el cargo que había quedado vacante en la Sección de Minas por haber sido rechazado el doctor de Rieux. Todo perfectamente hacedero dentro del rodaje administrativo. ¿Se trataba entonces de alguna prevención de la corte para no dejar marchar a Zea a América y retenerlo en Madrid, de vista, porque se deconfiaba de él? Si así fue, todo quedó dentro del secreto de Estado. Y Zea mismo, aleccionado en París en los trabajos de los revolucionarios hispano-americanos por la emancipación, ¿no abrigaba otros propósitos, en su vehemente deseo de marchar a Santafé, que los que exponía en sus comunicaciones sobre proyectos de cultura y progreso para el país de su nacimiento? El comportamiento de Zea cuatro años más tarde, cuando pudo disponer de su persona, y en el resto de su vida, hace sospechar, cuando menos, que también otros propósitos, alguna misión reservada, lo llevaban allá con urgencia.

- (12) Tan bienquisto estaba Zea por la corte que no solamente se le confirió la envidiable posición de director del Jardín Botánico, sino que se ordenó, sin más trámites, que se le liquidasen los sueldos que Zea había dejado de percibir, por causa de su injusta prisión y el tiempo de cesantía hasta que fue empleado en Madrid, calculado en total en nueve años, cuatro meses y diez días, o sea la suma de 4.777 pesos que debían pagarse a su apoderado en Santafé de Bogotá.